Pocos objetos como el libro despiertan tal sentimiento de absoluta propiedad. Una vez han caído en nuestras manos, los libros se convierten en nuestros esclavos..., esclavos, sí, por ser de materia viva, pero esclavos que nadie pensaría en liberar, por ser hojas muertas. Como tales, padecen los peores tratos, fruto de los más locos amores o espantosos furores. Y te doblo las páginas (¡oh, qué herida, cada vez, la visión de la página doblada" "¡pero es para saber dónde estoooooy!") y poso mi taza de café sobre la tapa, esas aureolas, esos relieves de tostadas, esas manchas de aceite solar..., y te dejo un poco en todas partes la huella de mi pulgar, el dedo con el que aprieto mi pipa mientras te leo... y esa Pléiade secándose miserablemente sobre el radiador después de haber caído en tu baño ("¡*tu* baño, cariño, pero *mi* Swift!")... y esos márgenes garrapateados de comentarios afortunadamente ilegibles, esos párrafos nimbados por rotuladores *fluorescentes*..., ese libro definitivamente inválido por haber pasado una semana entera abierto por el lomo, ese otro supuestamente protegido por una inmunda funda de plástico transparente con reflejos petrolíferos..., esa cama que desaparece debajo de un témpano de libros esparcidos como pájaros muertos..., ese montón de Folio abandonados al moho del granero... esos desdichados libros infantiles que ya nadie lee, exiliados en una casa de campo a donde ya nadie va..., y todos esos otros en los muelles, liquidados a los revendedores de esclavos. (…)

Sólo me estoy refiriendo a la manera como nosotros, los particulares, tratamos los libros. Pero los profesionales no lo hacen mejor. Y yo te guillotino el papel a ras de las palabras para que mi colección de bolsillo sea más rentable (texto sin márgenes con las letras desmedradas de puro apretujadas), y yo te hincho como un globo esta novelita para hacer creer al lector que vale el dinero que paga por ella (texto ahogado, con las frases asustadas por tanta blancura), y te coloco unas "fajas" cuyos colores y cuyos títulos enormes cantan hasta ciento cincuenta metros de distancia: "¿Me has leído? ¿Me has leído?" Y yo te fabrico ejemplares "club" en papel esponjoso y portada acartonada con ilustraciones deprimentes, y yo pretendo fabricarte unas ediciones "de lujo" con el pretexto de que adorno una falsa piel con orgías de dorados... (…)

Así pues, visto bajo esta perspectiva, el libro no es, ni más ni menos, que un objeto de consumo, y tan efímero como cualquier otro: inmediatamente destruido si no funciona, muere con mucha frecuencia sin haber sido leído. [137-140]

Daniel PENNAC (1992): *Como una novela*. Traducción de Joaquín Jordá. Barcelona: Anagrama, 1993.